

la tierra y la facultad de anunciar lo futuro, ó de ver á largas distancias? ¿No se aperciben de que se ponen en ridiculo á los ojos del sentido comun, profiriendo palabras en vez de exponer ideas; y tambien á los ojos de sus compañeros, indagando sériamente la causa de un efecto, que no es más que una quimera, ó una grosera trapaceria de algunos impostores? ¡Y se dicen valientemente incrédulos!

“La verdad es, que para creer, que tantos grandes hombres, tantas naciones diferentes hayan estado en tan prodigiosa ceguera, durante tan larga série de siglos, es menester tener una credulidad bien robusta. Más fácil seria creer todo lo más increíble y prodigioso que hay en las fábulas. Vosotros sin embargo creis este prodigio de credulidad universal, tan enemigos como sois de lo maravilloso. ¿Qué es esto? Es que “á muchas gentes nos les gusta hablar de demonios, ni de nada que á esto se refiera.” Esto recuerda ciertas ideas de la otra vida. Ellos tienen bastante fé en las verdades de la religion, por razonamientos especulativos; pero otras pruebas demasiado sensibles de estas mismas verdades les incomodan. (1)

1. *Baltus ubi supra.* Santo Tomás había dicho que esas negaciones provienen *ex radice incredulitatis.* *iv Dist, XXXIV art 3.*

CAPITULO XXVII.

(CONCLUSION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Nuevas pruebas de que los oráculos no eran cosa de juego.—Ejemplo de los Romanos durante todo el tiempo de su imperio.—Hechos curiosos del tiempo de Ciceron.—Pena de muerte contra los que despreciasen los oráculos.—Ejemplos de los Griegos.—Procesiones continuas á los templos de los oráculos: testimonios de Ciceron, de Estrabon, de Marco Aurelio.—Oráculos en sueños: nuevo rago de paralelismo: testimonio de Arriano, de Ciceron y de Tertuliano.—Otro punto de paralelismo, el templo de Jerusalem y el templo de Delfis.—Celebridad y riqueza de este último.—Existencia actual de los oráculos entre todos los pueblos que todavía son paganos: Madagascar, China, Cochinchina.—Resúmen del paralelismo entre las dos Ciudades.—Bellas palabras de un padre del Concilio de Trento.

Añade la objecion epicúrea, “que los oráculos no tenían influencia sobre los hombres instruidos, quienes no creían en ellos.

Se acaba de leer la prueba de lo contrario, es decir, de que los hombres instruidos de la antigüedad pagana creían en los oráculos: no la repetiremos. Recordemos solamente, que en nombre de todas las generaciones, “omnis cetas.” Ciceron ha dado á los modernos paganos un solemne mentís. Como se las hayan de componer con “el hombre más ilustre de las letras antiguas,” como ellos le apellidan, es negocio de ellos (1). El nuestro consiste en examinar, si en

1. Lo mismo que en Platon, hay en Ciceron dos hombres: el hombre de la tradicion y el hombre del racionalismo. El primero habla en el libro primero *De Divinat.*, y atestigua la fé uni-

conformidad á la objecion, los oráculos no tenían influencia alguna en la conducta de los hombres y los pueblos ilustrados del antiguo mundo.

Pues bien, la verdad es, que los oráculos ejercían tal influencia en la conducta pública y privada de los paganos más ilustrados, sin distincion de país ni civilizacion, que les arrancaban los sacrificios más costosos á la naturaleza: la inmolacion de sus hijos y el despojo de sus bienes. La verdad es tambien, que los hombres y los pueblos más célebres no emprendían ninguna cosa importante sin consultarlos ántes. Limitémonos á algunos hechos.

¿Se trata del orden puramente religioso? ¿Cuántas veces no se vió á los Judíos, infieles a Jehová, caer en Moloc, sin distincion de posicion social, y á petición del ídolo inmolar sus hijos y sus hijas á esta divinidad cruel? En Fenicia, Siria, Persia, Arabia, Africa, Creta, Cartago, los más insignes ciudadanos se resignan al mismo sacrificio, por orden de los oráculos. En virtud de su mandato, en Grecia el rey Erecteo inmola á su hija querida, Agamenon á la suya, Idomeneo á su hijo, los Ateníenses á sus hijas é hijos escogidos, los Mesenios una vírgen inocente, los Tebanos al hijo de su rey, los Aquéos al mozo y la moza más hermosos de su capital. En todos los pueblos célebres de la antigüedad se celebran sacrificios del mismo género, esto es, solemnes y exigidos por la autoridad pública (1).

En cuanto al despojo de sus bienes, se saben las inmensas riquezas acumuladas en los templos de los oráculos: luego hablaremos de ellas.

En el segundo libro, el racionalismo amon-
tona las pobres negaciones, que la razon individual opone á la razon general. Es el sofista contra el filósofo, el pigmeo contra el gigante.

1. Véanse entre otros, los *Annales de philos chret.*, Abril, Junio, Julio, Dic de 1871.

¿Se trata de la influencia de los oráculos sobre la sociedad y la familia, en los negocios públicos y en los privados? No era ni ménos poderosa, ni ménos universal que el orden religioso. Tambien aquí nos limitaremos á algunos ejemplos, que tomaremos de entre los pueblos y los hombres modelos.

Rómulo quiere edificar á Roma; pero antes de poner manos á la obra, consulta al oráculo. "Es una tradicion constante, dice Ciceron, que Rómulo, padre y fundador de Roma, no solamente no echó los fundamentos de esta ciudad antes de oír los pronósticos, sino que él mismo era un excelente agorero, "optimus augur." Los otros reyes, sus sucesores, emplearon los agüeros, y despues de la expulsion de los reyes nada se hizo en Roma por la autoridad pública, ni en paz, ni en guerra, sin intervencion de los arúspices (1)."

Y en otra parte: "La aruspicina de Rómulo no era cosa que él inventara despues de la fundacion de Roma, para engañar al vulgo ignorante; era, por el contrario, una ceremonia religiosa fundada en una ciencia cierta, que él dejó á la posteridad. El y su hermano eran agoreros antes de la fundacion de esta ciudad, como lo vemos en Ennio (2)."

Nunca quiere dar leyes á Roma; pues á consultar al oráculo. Es proclamado rey por el pueblo: pues, antes de aceptar el cetro, á consultar al oráculo. Y esta última consulta se convierte en una ley, constantemente observada por los sucesores de Numa, mientras duró el imperio (3). ¡Vedlos,

1. Principio, hujus urbis parens. Romulus, non solum auspicio urben condidisse, sed ipsi etiam optimus augur fuisse traditur. Deinde auguribus et reliqui reges usi: et exactis regibus, nihil publice sine auspiciis nec domi, nec militiae gerebatur. *De divinat.*, lib. 1, c. II.

2. *Ibid.*, lib. I, cap. XLVIII.

3. *Antiquit., Rom.* art. *Romulus et Lituus.*

ved á todos esos reyes de la Ciudad del mal consagrados por Satanás! ¡Qué nueva parodia del verdadero Dios y de la Ciudad del bien!

Los primeros Romanos consultaron al oráculo de Delfos sobre la monarquía. Junio Bruto comprendió la respuesta. De allí se fué á echar á los reyes y establecer la república, de la que fué el primer cónsul (1). Mas adelante, el Senado envía una embajada á consultar al mismo oráculo sobre el éxito de la guerra contra los Veyos: se hace lo que el oráculo ha dispuesto, y vencen los Romanos (2). Cuando se van civilizando no pierden los Romanos la costumbre de recurrir á los oráculos. Sus generales, antes de marchar á la guerra y antes de librar la batalla; sus magistrados antes de entrar en el cargo; sus hombres más célebres antes de emprender un negocio importante, no dejan nunca de consultarlos (3).

Omitiendo otros, el gran Ciceron consulta al oráculo de Delfos sobre el género de vida que debería abrazar para hacerse célebre, y la respuesta del dios determina su vocación (4). Octovio Rufo, padre de Augusto, consulta á Baco el de Tracia sobre el destino de su hijo, y recibe pronóstico favorable (5). Antes de la batalla de Farsalia, Casio consulta al oráculo de Delfos. Más tarde Tiberio consulta al de Geryon, Nerón al de Delfos; Germánico al de Claros, Calígula al de Ancio; Vespaciano al del dios Carmelo; Tito al de Venus en Pafos; Trajano el de Heliópolis, Adriano el de Júpiter Nicéforo; Severo el de Júpiter Belo; Caracalla

1. Delphos ad maxime inclytum in terris oraculum mitt. re statuit, & *Tit. Liv.*, lib. 1, *decal.* 1.

2. *Id.*, lib. V, *decal.* 1.

3. Omitto nostros, qui nihil in bello sine extis agunt, nihil sine auspiciis domi habent. *Cicer.*, *De Divinat.*, lib. 1, c. XLIII.

4. *Plutarch*, in *Cicer.*

5. *Sucton.*, in *Net Aug.*, c. XCIV.

consulta con avidez increíble todos los que puede encontrar: y lo mismo hacen todos esos señores del mundo hasta Juliano Apóstata inclusive (1).

¿Qué diremos de esa grande procesion de magistrados, generales y emperadores romanos, que consultan al demonio? Permittasenos repetirlo: ¿No es esto un remedo visible de lo que pasaba en Israel, y un nuevo rasgo de paralelismo entre la Ciudad del mal y la del bien?

No es esto todo. El oráculo divino dirigió constantemente á los caudillos de la nacion santa. Del mismo modo estos príncipes del paganismo, cuya ilustracion se admira, guiándose por las respuestas que obtuvieron, hicieron una larga série de acciones famosas, laudables alguna vez, criminales más frecuentemente; edificaron ciudades, dieron leyes, modificaron instituciones, emprendieron guerras, libraron batallas, firmaron tratados, arreglaron los asuntos del Estado y gobernaron el imperio romano, es decir, la mayor parte del mundo conocido. ¡Y hay valor para decir, que los oráculos no tenían influencia sobre la conducta de los hombres ilustrados y que estos no creían en ellos!

Pero acerca de la sumision religiosa con que recibían y honraban los oráculos, hay que oír al mismo Ciceron, á Ciceron hablando en medio de "las luces del gran siglo de Augusto," á Ciceron, agorero, ó como hoy diríamos nosotros, "medium," y medium oficial. Refiriendo las leyes religiosas de Roma, esas leyes recibidas, por decirlo así, de la mano misma de los dioses, "á diis quasi traditam religionem," cita las prescripciones siguientes: "Hay dos clases de sacerdotes: unos que están al frente de las ceremonias y los

1. *Baltus*, &, p. 365 y sig.; y en la *continuacion* p. 30; y *Bullet. Aist. de l'établis. du christ.* p. 318 y sig., donde se leen todos los textos de los autores paganos.

sacrificios; otros, cuyas funciones sean interpretar, á petición del senado y del pueblo, las palabras oscuras de los adivinos y de los oráculos. Los intérpretes de Júpiter Optimo, Máximo, augures públicos, consulten según los ritos, los presagios y los auspicios. Los sacerdotes reciban los pronósticos, para velar por la conservación de las viñas y de los vergeles, y de la salud del pueblo. Los que estén encargados de la guerra y de los intereses públicos, tomen los pronósticos y dirijan por sus indicaciones. Han de asegurarse de si los dioses no están enojados, y deben indicar cuidadosamente las partes del cielo en que estallará el rayo (1).”

La lijereza moderna no dejará de reirse de estas funciones angulares, de estas consultas y respuestas; pero, no obstante el dicho del viejo Catón, la gravedad romana no se reía. Sigamos oyendo á Cicerón: “Todo lo que los augures declaren injusto, nefasto, vicioso, ó malo, será reputado nulo y no sucedido. El que rehuse someterse á esta declaración, será castigado con pena de muerte (2).” De modo que la muerte, ni más ni menos, era la pena reservada al que despreciase los oráculos, fuera quien fuese: y se vieron generales condenados á muerte y ejecutados, por haber ob-

1. Eorum autem (sacerdotum), quo genera sunt: unum quod praesit caerimonii sacris: alterum quod interpretetur fatidicorum et vatum effata incognita, cum senatus populusque adsciverit. Interpretes autem Iovis optimi, maximi, publici augures, signis et auspiciis postea vidento, disciplinam tenent. Sacerdotes vineta virgatae et salutem populi augurando. Quique agent rem duelli, quique popularem, auspiciis praemonent, olisque obtemperant. Devorum iras provident, caelique fulgura regionibus ratis temperant. *De Legib.*, Lib. II, cap. VII.

Creían, pues, lo mismo que la iglesia, que los demonios no eran extraños á las tempestades.

2. Quæque augur injusta, nefasta, vitiosa, dira defixerit, irrita infectaque sunt, Quique non puerit, capitale esto. *Ibid.*

tenido una victoria contra la voluntad de los dioses. Aquí tenemos que señalar todavía otro rasgo de paralelismo. Las penas más severas y las calamidades públicas son en la ley de Moisés el castigo de los que consulten el oráculo del Señor ó que menosprecien sus respuestas. ¿Cómo es posible pues, no ver una nueva parodia en las terribles penas, que Satanás impone como sancion de sus oráculos?

¿Pero acaso este respeto religioso de los oráculos, bueno para Rómulo y sus ignorantes bandidos, desapareció ante las luces de la civilización romana? ¿El gran siglo de Augusto, por ejemplo, hubo de reirse impunemente de la sencilla y cándida fé de sus mayores? Dejemos otra vez la palabra á Cicerón, y escuchemos á este testigo irrecusable, celebrar el poder de los augures, según existía en su tiempo. “Uno de los más altos é importantes empleos de la república, ya por los derechos que tiene, ya por la autoridad que dá, es sin disputa el de arúspice (1). Y no digo esto porque yo esté revestido de esta dignidad; sino porque la cosa es así.

“En cuanto á los derechos, ¿qué otro puede haber más importante, que el de disolver los comicios y las asambleas desde sus principios sea quien fuere el magistrado que las haya convocado, y de anular sus actos cualquiera que sea la autoridad de donde emanen? ¿Qué derecho más importante, que el de suspender las más trascendentales empresas con esta sola palabra: Para otro día, *alio die*? ¿Qué derecho más magnífico, que el poder ordenar á los cónsules que abduquen su magistratura: “Qui magnificentius, quam posee decernere, ut magistratu se abdicant consules? ¿Qué otro más respetable, que la facultad de conceder ó rehusar el permiso de tratar con el pueblo; de cancelar las leyes

El colegio de los arúspices se componía de quince miembros y se renovaba por sí mismo.

que no han sido jurídicamente impuestas, de modo que nada sea válidamente hecho por los magistrados, ni dentro ni fuera, si no obtiene la aprobacion del colegio de los augures "Nihil domi, nihil foris per magistratus gestum, sine eorum auctoritate posse cuiquam probari (1)."

Veamos ahora ese magnífico poder en ejercicio. Bajo Pompeyo, César y sus dignos colegas, reina en Roma la más completa anarquía. Solo una autoridad es reconocida, la de los augures. Caton quiere ser pretor: Pompeyo no quiere que lo sea, y disuelve la asamblea con esta sola palabra: Mal agüero; es decir, he observado el cielo y visto pronósticos contrarios (2). En la misma época (53 años antes de Jesucristo), Ciceron escribe á Atico: "El tribuno Scevola ha impedido los comicios para el nombramiento de cónsules, anunciando diariamente que observaba el cielo, hasta hoy, 30 de Setiembre en que escribo esto (3). En otra carta, dirigida á su hermano á 21 de Octubre, pone más en claro el poder temible de los augures: "Todos los dias, dice, se suprimen los comicios con el anuncio de observaciones del cielo, no sin gran satisfaccion de las gentes de bien: tanto se detesta á los cónsules (4)."

De suerte que la observacion del cielo tenia en suspenso a todo el imperio. En aquel mismo año impidió el nombramiento de cónsules, de modo que el año siguiente (52 A. C.) se estuvo sin cónsules durante ocho meses. Es lo que se

1. *De Legib.*, lib. 2º cap. xii.—El hecho es como nos lo enseña la santa Escritura, que los paganos no hacian nada, absolutamente nada, sin consultar al oráculo. Pruébese tambien en los *Annal. de phil. chret.*, año de 1862 y sig.

2. *Plutarch.*, in *Pomp.*

3. *Ad Attic.*, 4º, 16; t. 17, p. 440.

4. Comitiorum quotidie singuli dies olluntur obnuntiationibus, magna voluntate bonorum omnium: tanta invidia sunt cónsules. *Ad quintum*, III, t. xx, p. 524.

llama "el interreno de Pompeyo." La ciudad cae en el desorden; las muertes y las violencias se suceden sin interrupcion. "Todo está cambiado, todo arruinado y casi destruido, escribe Ciceron: "Sunt omnia debilitata jam prope et extincta (1)."

Hé ahí, pues, lo que eran en pleno siglo de Augusto esos fieros romanos; esos matadores de la libertad; ¡esclavos mudos y temblorosos bajo el yugo férreo del demonio! Al celebrar el poder absoluto de los augures, ¿qué hace Ciceron, sino proclamar solemnemente la servidumbre, la más vergonzosa y dura servidumbre que jamás haya existido, de ese pueblo falsamente libre, de ese pueblo "soberano," del pueblo "rey;" como se le suele llamar en las cátedras? ¿No era aquello la "demonocracia" pura, la demonocracia en su más alta expresion? ¡Y nos presentan á los Romanos, como el pueblo más libre que jamás haya existido! ¡Oh educacion mentirosa!

¿Dejaban de tener motivo para temblar así ante las prohibiciones de Satanás y de los augures, sus intérpretes? No ciertamente: á la menor resistencia que se opusiera, presagios horripilantes y calamidades espantosas anunciaban el enojo del "señor." Parece que se está viendo estremecerse á Ciceron, cuando cuenta los pronósticos que se advirtieron el dia que, en su calidad de cónsul, celebró las "Fiestas latinas" en el monte Albino. "Cuando yo hacia las libaciones de leche á Júpiter Lácio, un cometa brillante anunció una gran carnicería. La luz de la luna desapareció repentinamente en medio de un cielo lleno de estrellas, y despues se eclipsó tambien el sol. Un hombre fué herido del rayo en tiempo completamente sereno; tembló la tierra y espectros terribles aparecieron durante la noche. Los adivinos

1 *Ad. Curion, famil.*, lib. II, epist. v.

en estado de furor no anunciaron por doquier mas que desdichas. En todas partes se leia los escritos y monumentos terroríficos de los Etruscos (1)."

Por lo que toca á los temerarios, que osaban menospreciar los presagios funestos, aparte de dos ó tres excepciones que confirman la regla, Satanás acostumbraba castigarlos con despiadado rigor. El temor universal que inspiraba tenia su fundamento en la certidumbre del castigo. El año 52 antes de Jesucristo ofrece un ejemplo memorable de esto. A pesar de los dioses, Craso se obstina en hacer la guerra á los Partos. El augur Ateio espera su salida á la puerta de Roma. Tan pronto como ve llegar á Craso, pone en el suelo un anafe lleno de fuego, y echa en él libaciones y perfumes. A la vez pronuncia contra el atrevido general imprecaciones terribles, con las que hace sus conjuros entregándolo á ciertos dioses extraños y formidables, que invoca por sus nombres. "Los romanos, dice Plutarco, aseguran que estas imprecaciones misteriosas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, tienen tanta fuerza, que jamás ninguno de aquellos contra quienes se hicieron pudo evitar su efecto (2)."

Apiano añade: "Craso habiéndolos menospreciado, pereció entre los Partos con su hijo y todo su ejército, compuesto de once legiones. De cien mil soldados apenas volvieron diez mil á Siria (3)."

Si no más que los romanos, por lo menos tanto como ellos fueron los Griegos ávidos de oráculos, respetadores de sus santuarios y dóciles á su voz. El suelo del país helénico, estaba literalmente cubierto de ellos; la mayor parte gozan de celebridad universal. Tebas, Delos, Claros, Dodona

1. Poema sobre su consulado.—*De divinat.*, lib. I, cap. xi. 15

2. *In crass.* c. xvi.

3. *De bell. civil.*, lib. II, cap. xviii.

y otros cien lugares fatídicos ven llegar, no solamente de diversas partes de Grecia, sino del Oriente y del Occidente procesiones continuas de peregrinos de toda condicion, que vienen á consultar á los dioses, á invocar su socorro, ó á darles gracias por sus beneficios. Una misma fé confundé todos los rangos y une todos los corazones; una misma oracion expresa todas las necesidades. Los príncipes y los caudillos de las repúblicas concurren por sus empresas, los ciudadanos por sus negocios. Entre la coleccion de pronósticos se encuentra un gran número de los que fueron dados á los particulares, sobre su matrimonio, sobre sus hijos, sus viajes, enfermedades, negocios y otros mil detalles de la vida doméstica (1).

"¿Dónde hay un pueblo, exclama Ciceron, dónde hay una ciudad, que no se rija por la inspeccion de las entrañas de las victimas, por la intorpretacion de los prodigios y los rayos, por los auspicios y las suertes, por las predicciones de los astrólogos, por los sueños y los oráculos (2)?"

En vista del concurso inmenso é incesante á los templos de los dioses, en vista de las ricas ofrendas presentadas y de los favores obtenidos, exclama un gran pagano: "Ved nuestros templos innumerables. Son más augustos por los dioses que los habitan, que por el culto que allí se da, ó por las riquezas de que están llenos. Allí, en efecto, sacerdotes llenos de dios, identificados con Dios, descubren lo porvenir; advierten los peligros, dan remedio á los enfermos, esperanza á los afligidos, socorro á los desgraciados, consuelo en las calamidades, sostén en los trabajos. Allí tambien, durante el sueño, vemos á los dioses, los oimos y contemplamos su fisonomía (3)."

1. *Euseb.*, *Præp. evang.* lib. V, cap. xx-xxiii.

2. *De divinat.* lib. I, vi.

3. *Intende templis ac delubris deorum... Etiam per quietem*